

Los Cuentos Extremeños

REVISTA ILUSTRADA

Se publica los días 8, 18 y 28.

EL SEÑORITO — *Novela*

corta, original de Emigdio

Plasencia — *Ilustraciones*

de Mario Lancho ❖ ❖ ❖



MADRID, 28 DE JULIO DE 1908

11288

20 cents

AÑO I.—NÚM. 3.

Los Cuentos Extremeños

OFICINAS: Mediodía Grande, 11, pral,
á donde se dirigirá la correspondencia.

MADRID

Suscripción en España: Trimestre 1,75 ptas.

PAGO ADELANTADO

Para los anuncios, véase la Tarifa en la 3.^a plana.

PAGO ADELANTADO

En esta Revista colaborarán los extremeños, los que residan en Extremadura y los que tengan algunos vínculos contraídos con ella.

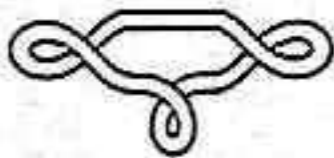
PUBLICACIONES

La niña Merceditas, hija del copropietario de LOS CUENTOS EXTREMEÑOS D. Nicolás Figuero Yustas, voló al cielo en la mañana del 22, después de dos meses de crueles sufrimientos.

Sensible es la separación eterna de un ser de nuestro ser; pero mitiga mucho los dolores del alma la consideración resignadora que solemos hacernos cuando es un ángel el que para siempre nos abandona, llamado por Dios.

Constando al Sr. Figuero y á su digna esposa D.^a María Yustas, el hondo cariño que en esta casa se les tiene, holgaría protestar de nuestra sincerísima participación en su justo duelo.

Debe, por otra parte, servirles de consolador lenitivo el hecho de haberse también asociado á su pena un buen número de personas distinguidas de esta Corte que acompañaron hasta la mansión de los muertos el cadáver de su hija.



EXPLICACIÓN

Por su mucha extensión, ha sido materialmente imposible incluir en este número el cuento *La institutriz*, anunciado también en el número anterior. En su lugar, publicamos otro menos extenso, del mismo autor, titulado *El agua bendita*.

Sequia, por J. Muñoz San Román. — Es una primorosa novela andaluza, en la que el autor nos demuestra que no sólo es un poeta de los de primer orden, de los que descuellan por propios méritos entre la vencedora juventud moderna, sino que tiene admirables condiciones para cultivar la prosa.

Las injusticias de un pueblo contra quien al llegar fué su ídolo, sirven de base para la exposición de bonitos cuadros de costumbres andaluzas, en los que la literatura queda muy alta y muy triunfante, como cumple á los vuelos artísticos de nuestro querido amigo Muñoz San Román.

La Iberiada, por Manuel Lorenzo D'Ayot. — Hemos recibido el canto VIII de este notabilísimo poema en prosa. Se titula «Avila» y en él, con un estilo correctísimo y brillante, luce nuestro apreciado amigo el señor D'Ayot las galas de su genio. Un paralelo que establece entre Santa Teresa de Jesús y el Duque de Alba, es original en alto grado y digno de admiración.

Teatros y Toros. — El núm. 17 de esta preciosa revista, publica multitud de ilustraciones primorosas, entre ellas los retratos de las simpáticas artistas Paz Calzado, Anita Martín y Flora Ochoa; los de los autores de «Sábado Blanco», etc., etc.

Felicitemos al ilustrado colega por su éxito creciente.





EMIGDIO PLASENCIA

EL SEÑORITO

20
11286

Cuando la Mariuca, tras cuatro horas de lento y fatigoso caminar, se detuvo junto al embarcadero, ya había en la orilla del Tajo, esperando la hora de la barcada, hasta una veintena de personas de distintas clases y condiciones. Dos señoritos de pueblo, muy embozados en sus capas nuevas, retenían por las bridas á las cabalgaduras que mordiscaban entre los juncos de la ribera; una pareja de mendigos, hombre y mujer, acurrucados en torno de unas brasas, tendían hacia el fuego las ateridas manos, y sobre las espaldas de ella, hundido entre las faldas arremangadas y sujetas á la cintura, un niño dormía profundamente, insensible á los ruidos y á las inclemencias, como si fuesen caricias los latigazos del aire, como si le sirviera de arrullo el ronco rodar de las bra-

madoras aguas. Pero, en su mayoría, eran feriantes, gente de los pueblos comarcanos que acudía á la feria de Garrovillas, la más renombrada á la sazón. Había ganaderos de Montehermoso, con su gran zamarro largo hasta las rodillas, y sus sombreros adornados con borlas en las alas desmesuradas y en la copa muy estrecha por arriba, como un cono truncado; había labriegos de Hinojal, confiteros de Coria, hojalateros de Torrejoncillo, buhoneros con sus baratijas, barquilleros con su cajón cilíndrico, pintarrajeados, en cuya parte superior la manecilla, desprovista de ballenas, giraba en silencio entre la rueda formada con puntas de París. Oyóse al fin ruido de campanillas, y apareció en lo alto de la cuesta la mole gris de un carro entoldado, cabeceante, tirado por

media docena de mulas, y en cuya delantera sonreía la cara redonda, colorada, siempre jovial, de Julián el ordinario. Era por quien se esperaba, y todos se pusieron en movimiento.

—¿No echan los señoritus un suabi?—preguntó, dirigiéndose á ellos, uno de los barqueros.

Pedía un cigarro suave. Eran de Garrovillas, y allí la *v* se pronuncia completamente labial.

—¡Allá va!—gritó el ordinario alargando una petaca enorme, donde holgadamente cabría media libra de tabaco picado.

Dentro ya el carro de la barca, y acomodados los pasajeros, cayeron los remos haciendo saltar el agua en mil chispas finísimas, y la barcaza, balanceándose, como un pez enorme, remontóse lentamente hacia el antiguo puente de Alconetar. Era una mañana de Enero, nublada y fría. Soplaba un crudo viento boreal, y á través del cielo pálido, ceniciento, volaban nubarrones de color de fango, como grandes aves silenciosas. El Tajo pasaba embravecido, turbio, espumante, zumbador, estrellándose sordamente contra las viejas pilastras desmoronadas. De pronto, al cruzar frente al manchón denominado «Bigotes», donde reinaba fuerte corriente, la embarcación fué despedida con violencia... Pero los garrovillanos, gente ducha en el oficio, hiciéronla oblicuar poco á poco, logrando ganar la opuesta orilla. Habían descrito un gran triángulo.

Durante la travesía fluvial, la Mariuca había ajustado con el ordinario, en dos pesetas, el viaje hasta Cáceres. Enganchado el carro de nuevo, acomodóse entre dos costales de trigo, y emprendieron la marcha. Sen-

tiase cada vez más frío. Una bocanada de aire húmedo hinchó la cortinilla de atrás, y poco después comenzó á llover con violencia. Caían las gotas rebotando sobre el toldo como una granizada, y el carruaje se movía lentamente, al paso tardo de las mulas, cuyos lomos lustrosos humeaban, y que de vez en cuando sacudían las orejas empapadas. Una polvareda de agua ocultaba el horizonte.

—¡Pues, señor; á mal tiempo, buena cara!—dijo el carretero recogiendo en el interior.—Vamos á comer algo.

Y sacó de una cesta dos fiambreras, y destapólas, dejando ver una tortilla, chuletas, jamón y queso blando. La Mariuca, rehusando la invitación que él le hizo, se puso á comer de su merienda; un pedazo de pan y chorizo. Aceptó, sí, un trago de vino para calentarse. Estaba muerta de frío. Cuando hubieron concluido, él encendió un cigarro enorme, que corto parecía de puro grueso y recostándose sobre la pared del carro, preguntó:

—¿Y usted qué lleva de bueno, abuela?

—¡Ay, señor! De bueno nada llevaba.—Y contó cómo su hija, la Antonieta, se había escapado el año anterior con el cobrador de contribuciones, y cómo ella sabía, de buena tinta, que la Antonieta, luego de ser por él abandonada, andaba rodando por Cáceres, en esas casas...

No pudo continuar. La garganta se le estrechaba, se le ocluía, impidiéndole hablar.

—¡Sí, en esas casas... *non santis!*—concluyó el ordinario.—Pues la encontraremos; como esté en la capital, la encontraremos. Tengo yo un mozo: Pascualo, que ya, ya... ¡Está mú matriculao en esas cosas!...

Y sonreía, satisfecho de que el hijo se le

pareciera en esto. Sonreía al acordarse de cuando era mozo y hacía los viajes á Plasencia con su padre, de cuando á hurtadillas se iba á picos pardos, de cuando porteaban damiselas, y él, solapadamente, les hurgaba acá y allá...

La Mariuca no había tenido más que aquella hija; y la tuvo de soltera, como permaneció toda la vida. Engañada por el hijo del alcalde, que luego se casó con otra, no quiso *echar*, como le aconsejaban las vecinas, á la pobre criatura que de tan aciaga manera venía al mundo, engendrada por una culpa que no era suya, y de la que ella iba á ser la responsable...

Y como no se encontraba con suficiente leche para amamantarla, no vaciló en vender un huerto que de sus padres heredara, y hubo pechos que acallaran el llanto de la niña, y ésta crióse alegre y sana y regordeta, como los angelotes que sonríen, extendiendo los alforzudos brazos gordiflones en el altar mayor de la iglesia de Coscojuela. Y para que de nada careciese, mientras la chiquilla crecía más hermosa cada vez, y más lozana, trabajaba como una negra la Mariuca, que nunca quiso casarse, y no por falta de pretendientes—que hay mucha filosofía en este mundo,—sino porque ningún padrastro mandara en la pequeña Antonieta.

Una tarde, durante una riña de la Mariuca con las vecinas, supo Antonieta, que ya tenía dieciocho años, la bastardía de su origen, toda la vergonzosa historia de su nacimiento. A partir de aquel día tornóse la moza hosca y huraña para la madre. Huía de ella, evitaba el hablarle, le contestaba secamente, con acritud, de mala manera. Hízose, por otra parte, más libre en su conversación, en

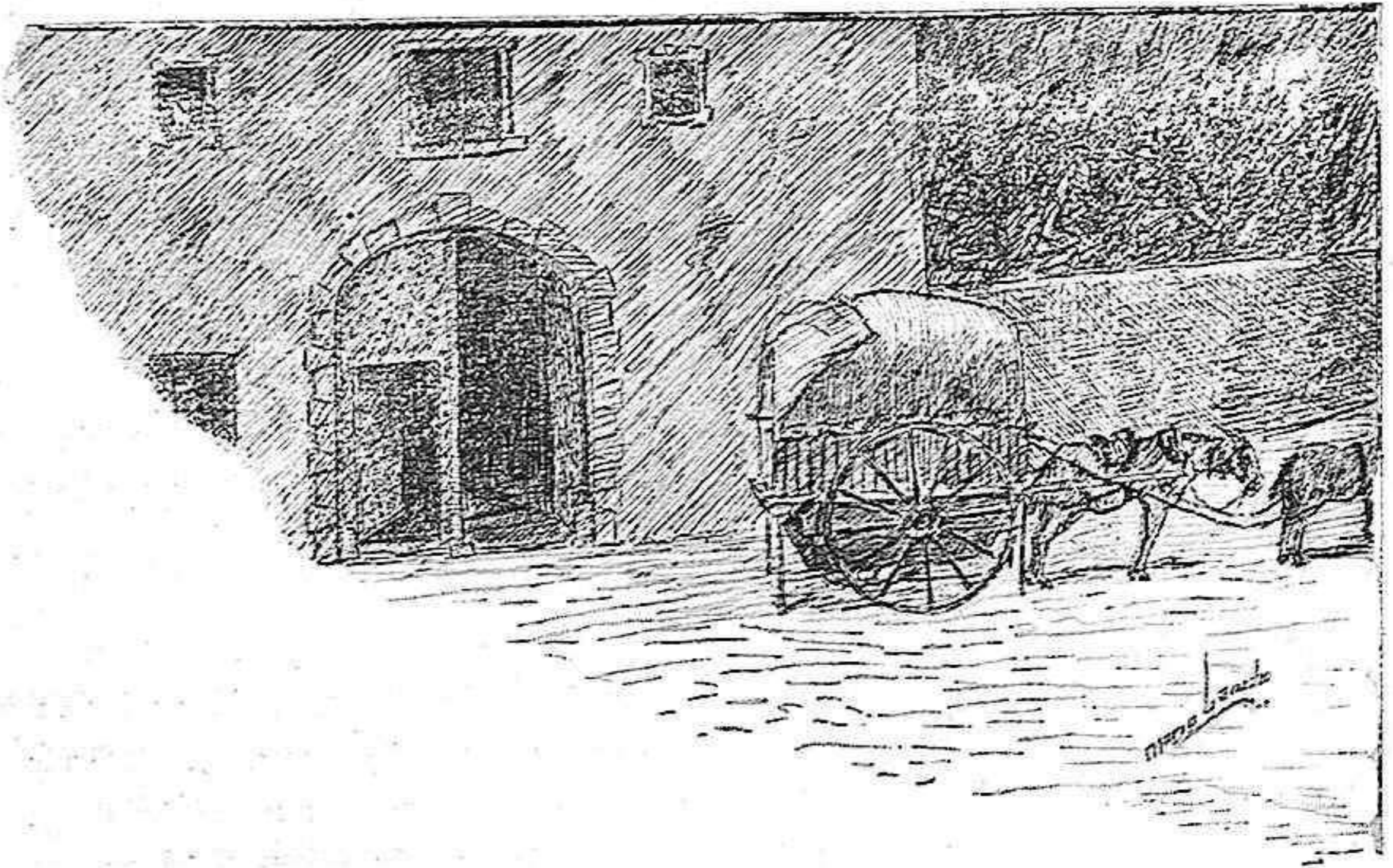
sus costumbres, como si estuviese deshonrada y ya no temiera perder el recato. Cierta noche en que permaneció á la puerta hablando con un mozo hasta una hora avanzada, como la madre, de tímida manera, se atreviese á amonestarla, contestó brutalmente: «¡Más hizo *ella!*» —Y, por fin, una mañana la Mariuca prorrumpió en gritos al ver que la cama de su hija estaba vacía, intacta, sin un pliegue. Acudieron los vecinos; se buscó por todas partes... Ni rastro, ni un indicio. Pero muy luego súpose todo. Trajo la noticia un estudiante del pueblo que se los encontrara en el camino. La Antonieta se había escapado con el recaudador de contribuciones.

Contaba aún la Mariuca los últimos pormenores de su desgracia, cuando hubo de advertir que el compañero de viaje tenía los ojos cerrados y comenzaba á roncar. Apoyado en un cajón de madera, recostado sobre el brazo, pendiente la mano inerte, entreabiertos los dedos, oscilaba á los vaivenes del carruaje, haciendo alguna vez ademán de sacudir la ceniza del apagado cigarro, que en la mano izquierda conservaba. La vieja miró hacia fuera. La lluvia iba amainando; ensanchábase el horizonte y aparecían las montañas cubiertas con caperuzas de ceniciento vapor. Pero el chubasco había sido diluviano. Oíase el continuo chapoteo de las bestias sobre la anegada carretera, y los arroyos, bajo los puentes, tenían un retumbar de tempestad. Por todo el campo, á uno y otro lado del camino, los charcos azuleaban, como pequeñas lagunas. El agua caía resbalando, gota á gota, sobre la corteza gris de los álamos, y de trecho en trecho, un pájaro posado en las delgadas ramas

desnudas, hacíalas temblar al estremecerse, al batir las alas, al sacudir el mojado plumaje corto, que el aire ligeramente levantaba.

Llegaron al anochecer. Al final de la carretera, la ciudad aparecía confusamente, salpicada por millares de luces, como un gran cementerio en noche de difuntos. La casa de Julián el ordinario, servía también

y el acaloramiento con que discutían; algunos dormían ya, tendidos en el suelo, junto á las paredes, sobre el saco relleno de paja y liados en una manta. La Mariuca se puso á preparar la cena: unas sopas y un torrezno. Hacia las diez, cuando la casa iba quedando en silencio, el ordinario llamó á Pascualo.



de posada, y allí decidió quedarse la Mariuca. Cuando pararon ante las grandes puertas, abiertas de par en par, tres ó cuatro arrapiezos salieron á saludar al padre. En el espacioso zaguán había carros desenganchados, caídos sobre las varas; carros que se mantenían horizontales, apoyados en el tenemozo, carretas de bueyes, un coche viejo, un camión. Acá y allá, sobre banquetas, sobre sillas sin respaldo, en torno de pequeñas mesas, los huéspedes más parecían reñir que comer, según las voces que daban

Presentóse un joven alto, robusto, colorado, descubierta la cabeza y sin otro abrigo que una corta blusa azul, cuyas puntas se le anudaban en la parte delantera, sobre el estómago.

— Vamos á ver, — le preguntó el padre, sonriendo. — Tú que conoces por ahí á tantas prójimas, ¿sabes de alguna que se llame Antonieta?

El mozo alzó los ojos al techo, como recordando, al par que hacía signos negativos con la cabeza.

¡Es de Coscojuela! — apuntó la vieja — y tiene un lunar aquí, en la mejilla, salva la parte.

—¡Toma! ¡toma! — contestó Pascualo con voz bronca—. Esa es mesmamente la Lunara, la que está en casa de la Jabata. Pero yo creí *de* que se llamaba Antonia y no Antoñeta...



La Mariuca expuso entonces el objeto de su viaje. Ella no quería reñir á la Antonieta, no quería reclamarla por mediación de la autoridad, ni darle el más leve disgusto, ni proporcionarle la menor molestia. Ella sólo deseaba ver á su hija. ¡A su hija, Dios mio, á quien hacía ya más de un año que no *via*!... Y le rogó á Pascualo, por lo que más quisiera, que se encargase él de verla, de hacérselo presente, de convencerla para que recibiese á su madre...

—Ahí— dijo Pascualo rascándose detrás de una oreja—todo depende del «Señorito». Allí no se hace más que lo que él quiere.

Y á una pregunta de ella, explicó que Federico Silva, el Señorito, como todo el mundo le llamaba en Cáceres, era... vamos, el más amigo de la Lunara. Era hijo de los *vizcondeses* del Puerto, ya difuntos; y como no tenía padres que le metieran en freno y disponía de mucha *guita*, y todos los vicios

le dominaban, hacía cuanto se le antojaba en muchas partes y, sobre todo, en casa de la Jabata. Ere el amo, en una palabra. «Pero bueno, —concluyó— si es preciso *dir* á ver á la Antonia, yo *diré* y la pondré al corriente de todo.»

Al día siguiente, por la tarde, ya cerca del anochecer, Pascualo entró sudoroso, jadeante, en el cuarto de la Mariuca. Había venido casi corriendo, y sentóse, descansando un momento antes de hablar. Lo que él decía. El Señorito no quería estorbos. Pero ella, la Antonieta, había prometido ir, y se quedaba aviando, y vendría de un momento á otro.

A preguntas de la vieja, comenzó á dar más detalles. «Yo la *vide* esta tarde en la plaza...» Pero se calló de pronto, quedando con la boca abierta. Habían empujado la puerta, y en el dintel apareció una arrogante mujer.

— ¡Hija!...

— ¡Madre!...

Se confundieron en un estrecho abrazo, sin hablar, sollozando, durante algunos minutos. Cuando Pascualo, discretamente, hubo de retirarse, quedaban sentadas en el sofá. «¡Hija mía!» — decía la Mariuca estrechándola contra su pecho, besándola en la cara, en la frente, en los rizados cabellos que exhalaban un raro perfume delicado. «¡Hijita mía!» — repetía tiernamente jugando con sus manos llenas de sortijas. Y no acertaba á decir más. Se acordaba de cuando era niña y se dormía así, en sus brazos, arrullada por sus cantares; de cuando le sonreía al despertar, hermosa como un sol, y alegre y parlera como un pajarillo; veíala venir hacia ella, cuando dió los primeros pasos, tambaleándose, con los brazos abiertos; veíala encara-

marse en su falda, y acariciarla en las mejillas, y hacer como que la peinaba... Y la tenía otra vez allí, junto á su seno, besándola, respirando su aliento... Era Antonieta, su neñita rica, su pobre hija querida, la niña que se había movido en su vientre, que desencajó sus huesos al nacer, y cuyo gangoso llanto primero sonara estando aún á ella unida... Era su sangre, su carne, ¡un pedazo de ella misma!



— Bueno; — dijo Antonieta levantándose al cabo de un rato — yo tengo que hacer esta noche; me esperan y no puedo disponer de más tiempo. Mañana, volveré.

Y comenzó á darle instrucciones sobre la conducta que debía seguir. Ya se lo habría dicho Pascualo. No se movería de allí, ó, por lo menos, no iría á casa de la Jabata. No quería ella, no le *petaba* que la recibieran mal, que su madre fuera á ser considerada como un estorbo. Entretanto, allí quedaba eso... Y puso sobre la mesa un puñado de

monedas de plata. Cuando se concluyera, más habría.

La anciana rompió á llorar. Ella no había ido á que le diera dinero; ella sólo quería verla, poder abrazar á *la* su hija... Pero no precisaba nada. Podía trabajar, ganar lo necesario para su sustento, cosiendo, lavando ropa, desempeñando otros oficios...

¿Trabajar? ¿lavar ropa? ¿ir al campo á pasar frío y calor, á matarse como una bestia?

Eso no lo consentía Antonieta. Bueno que cosiera algo, si quería; que se emplease en otros menesteres puramente caseros. Pero otra cosa, no; de ninguna manera. No estaba ella dispuesta á consentirlo. Por lo demás, le daba palabra de ir á verla todos los días. Y la abrazó al despedirse, y le dió un beso en la frente.

Para la Mariuca comenzó una nueva vida,

una vida casi feliz. Antonieta iba á verla todas las noches á la misma hora y pasaba un gran rato en su compañía, hablándole de mil cosas, preguntándole con interés por su salud, mostrándose solícita, cariñosa, como no lo estuviera desde mucho tiempo atrás... Y la vieja, que siempre había disculpado los extravíos de su hija, acariciaba la esperanza de que algún día se cansara de aquella vida y tornase con ella al pueblo, donde no faltaría con quien casarla... ¡Quién sabía! ¡Quizá el mismo Pascualo!... Porque ella había

notado que á Pascualo le gustaba mucho la Antonieta.

En los domingos y días festivos dejó pronto de ir Antonieta por ser — decía — días de grandes ocupaciones para *ellas*. Resignése al principio la Mariuca; pero una de aquellas noches, — luego de enterarse por Pascualo del domicilio de su hija — aventuróse por calles y plazas pasando sigilosamente varias veces por la puerta de la Jabata, hasta oír la voz y las risas de su hija y convencerse de que nada malo le ocurría. Desde entonces, cada vez que la Antonieta dejaba de ir á la hora acostumbrada, repetía la Mariuca su nocturna caminata, consolándose con estar un rato cerca de su hija, con escuchar su voz, con verla en ocasiones á través de los visillos, cuando se encontraba abierta la ventana del piso bajo. Una noche oyó gran algazara en casa de la Jabata; no le extrañó, sin embargo, por ser domingo de Carnaval; y como hacía luna, se ocultó en la sombra, junto á la puerta de la casa inmediata. Las voces arreciaban, percibíase claramente que se trataba de una reyerta; se oyó un gran estrépito, como de botellas al romperse, y cuando la Mariuca, temblando de miedo, iba á acercarse, abrióse violentamente la puerta y salió corriendo la Antonieta, y detrás un hombre que enarbolaba un bastón...

— ¡Por Dios, no me pegues, Señorito! — suplicó ella, arrodillándose al ver que iba á ser alcanzada.

— ¿A mi hija? ¿pegarle á mi hija, ladrón? No dijo más la Mariuca. Se había puesto delante de Antonieta, tratando de cubrirla con el cuerpo, y el palo rebotó sordamente en su cabeza, abatiéndola contra el suelo.

— ¡Asesino! — gritó la Antonieta abalanzándose al Señorito.

— ¡Has matado á mi madre! ¡Asesino!

La sujetaron las compañeras, consiguiendo al fin llevársela. La Mariuca fué reconocida por Paco Guerra, un barbero que decía tener aprobados tres años de Medicina, y



que era muy amigo del Señorito, á quien acompañaba en todas las frascachelas. Fué poca cosa: una leve herida y algo de conmoción cerebral. La trasladaron á la cama de la Antonieta, le lavaron y vendaron la herida y le pusieron sinapismos en las piernas y paños de vinagre en la cabeza. No se atrevieron á sangrarla. Al cabo de media hora abrió los ojos. «Ya lo presumí yo — dijo Paco Guerra —. Esto es una *insinificancia*. Dentro de dos días estará buena. Cuando quieras, Federico, podemos largarnos.

Pero Federico, á quien con el susto se le había despejado la cabeza, no quería irse sin

hacer las paces con la Lunara. El suceso había ocurrido en una calle apartada y era fácil que nadie se enterase, de no cometer la Lunara alguna locura... Comenzó á hablarle suavemente, casi con humildad, recordándole el afecto que les había unido, los buenos ratos que juntos habían pasado, la *ley* que siempre él le tuvo... Además, no fué esa su intención; no sabía de quién se trataba. Por otra parte, estaba dispuesto, no sólo á sufragar los gastos que se originasen — que eso poco significaba —, sino á que en adelante tuvieran ella y su madre casa propia, donde vivirían *con decencia*, como era debido. Porque él — y se puso la mano en el pecho — la había querido, y la quería, y la querría siempre... Intervino luego la Jabata, habló Paco Guerra, terciaron las demás compañeras... Pero la Lunara, aunque más calmada, negóse terminantemente á estrechar la mano que él le tendía.

Por lo que la Jabata hubo de amonestarla con severidad luego de marcharse ellos. Eso era una porquería. Eso no se hacía. Y sobre todo, con un hombre como el Señorito, que tantas consideraciones tuvo con ella siempre, que siempre satisfizo todos sus caprichos; con un hombre que tenía la mano pródiga y el bolsillo abierto para todas las necesidades. Sin él, ¿qué hubieran comido muchos días? Por último, — dijo en son de amenaza, ya al retirarse — ella no estaba dispuesta á consentir que en su casa continuase portándose de esa manera...

Limpióse Antonieta las lágrimas y miró á su madre. La Mariuca había vuelto á cerrar los ojos, sin hablar nada, y continuaba inmóvil, respirando trabajosamente, la cara encendida y muy abiertas las ventanas de

la nariz. Antonieta la contempló largo rato, y luego, sin saber qué hacerle, dejóse caer en una silla, y hundiendo la cabeza entre las ropas del lecho, rompió á sollozar...

A la mañana siguiente, la enferma ofrecía mejor aspecto. La respiración era más natural, la faz parecía menos abotargada; abrió los ojos en varias ocasiones y hasta pronunció dos ó tres veces el nombre de su hija. Paco Guerra — que fué muy temprano á verla, de parte del Señorito, — afirmó que antes de cuatro días estaría buena del todo; y citó el caso de su amigo el picador Ventosa, á quien él había visto sin mover pata ni cabeza, y que antes de una semana estaba á caballo, en la plaza, dispuesto á llevar otro soberano tumbo. Oyóse en esto el ruido de un carruaje que pareció parar á la puerta, y á poco entró el Señorito. Esta vez contestóle la Lunara de buena manera, y deponiendo su rencor, llegó hasta aceptar la invitación que él le hizo, y pasaron á otra sala á tomar unas copas.

Federico, queriendo celebrar las paces, mandó traer manzanilla de la mejor que hubiese. Vaciáronse las cañas y tornaron á llenarse muchas veces en poco tiempo. Y cuando la Jabata, descolgando la guitarra, se puso á puntear, y las *pupilas* palmoteaban, y vociferaban todos, y hasta la Lunara reía francamente, levantóse el Señorito indicando con un ademán que deseaba hablar. Se había echado hacia atrás el sombrero blanco, de ala tendida, y los ojos le brillaban entre sus enrojecidos párpados de sifilítico.

— ¡Bueno, muchachas! — dijo cuando hubo silencio. — Hoy tenemos pensado ir de merienda á mi cortijo del Castañar. Irán la Rosita, la Calanta, la Araceli y algunas más.

Habr  sorpresa. Os aseguro que nos divertiremos. Pero es preciso — y sobre todo estando la abuela mejor — que nos acompañe la Lunara.

Todos aplaudieron menos la Lunara, que se puso repentinamente seria. Eso no lo hacía ella. De ninguna manera. Todo lo que quisieran, menos abandonar   su madre.

 Pero si eso no era abandonarla! Lo primero, que volverían aquella misma tarde. Además, all  se quedaban al cuidado la Pepilla, Paco y el tío Jabato. Si algo ocurriera—que no era de esperar, — Paco mandaría en seguida un recado. En casa había buenos caballos. Y el Señorito, mientras hablaba, había cogido una botella, y el dorado licor se elev o de nuevo, espumante, en las copas estrechas y altas.

— No!  no!  He dicho que no! repitió la Lunara.

—  Mira, niña, no vayas   aguar t  la fiesta! — dijo la Jabata en tono imperativo.

—  Vamos, Lunarita mía, s  condescendiente! — suplicó Federico sentándose   su lado y rode ndole el talle con su brazo. — Ya sabes t  que sin t  no voy yo   ninguna parte; ya sabes que eres la única gach  que me ha hecho   m  cosquillas aquí dentro, en las entretelas...

—  D jame, por Dios, Señorito!...

—  Mira que si te digo lo que va   haber!... — añadió él —.  Si te lo digo!... Pero os lo dir ...  Os acordáis de aquel cura bajito, rechoncho, vejete, que anda que bebe los

vientos detrás de la Rosita? Pues la Rosita se le ha ablandado con la condición de que nos acompañe   la jira... Y el p ter ha prometido ir, y ha prometido, además, ir vestido de chulo, con chaqueta corta y sombrero cordobés... Es otra condición puesta por la Rosita.

Antes de que concluyese habían estallado



las carcajadas. El enorme vientre de la Jabata retemblaba   compás, y las dos pupilas, con las manos en las ijadas, se retorci n de risa. La Lunara reía también locamente.

—Pero  qu  est s ahí diciendo, chiquillo?—exclamó.—Pero  eso es verdad?

— Por ésta te lo juro!—contestó él, besando una cruz que había hecho con el índice y el pulgar.

— Vaya!  que me hacéis ir!—dijo ella, por fin, levantándose y saliendo de la habitación.

Se trataba de un anciano sacerdote que vivía enfrente de la Rosita, y que, acaso por curiosidad, quizá por lástima, la habría mi-

rado alguna vez. Fue lo bastante para que los amigos de ella le gastasen bromas con el cura, haciéndola rabiarse en no pocas ocasiones. Por lo demás, todo era una invención de Federico para atraer á la Lunara.

Presentóse ella al poco rato con un vistoso mantón sobre los hombros y muy emperegilada. Pero se dejó caer gimoteando sobre el sofá. Había entrado á ver á su madre y se arrepentía de lo dicho.

—¡Mira, Jabata!—ordenó el Señorito—. Ya estáis vosotras en busca de otro coche. En la carretera nos reuniremos. ¡Vamos, nena mía!—añadió, levantando á la Lunara.

—¿Me prometes que hemos de volver esta misma tarde?

—¡Que si te lo prometo! ¡Si eres tú la que mandas! — Y la besó con mimo al mismo tiempo que la arrastraba hacia la puerta.

—¡Pepilla! ¡Tío Jabato!—gritó ella desde el coche.—¡Que cuiden á mi madre! ¡Don Paco! ¡que mande usted recado si ocurre algo!

Y al arrancar el coche atronando la calle, vió la chiquilla desde la puerta que el Señorito, volviéndose hacia la Lunara, accionaba con la mano derecha, como explicándole algo, mientras ella le miraba sonriendo y acercando la cara hasta rozar á veces con la del Señorito.

—¡Pepilla!—gritó el tío Jabato, desesperándose.—¡Oye, chica! Baja á la bodega y *sácate* un par de botellas de las que hay en el cajón grande. Es del Corral de Coria—agregó, dirigiéndose á Paco Guerra.—Un vino riquísimo. Se bebe solo.

El padre de la Jabata era un hombre gordo, apoplético, que se pasaba la vida sentado en un sillón y con la botella siempre al

alcance de la mano. No había, según él, mejor brasero durante el invierno ni bebida más sana y refrigerante que el vino en la época de los grandes calores.

Y mientras sorbían, le refería á Paco Guerra todas las virtudes y excelencias del néctar de los dioses, remontándose hasta los patriarcas bíblicos, aquellos hombres que bebían como esponjas y vivían cientos de años...

— Y á propósito — dijo — ¿no le parece á usted, Don Paco, que á la abuela le vendrían bien dos cucharaditas de esta... gloria?

— ¡Phs! — contestó Guerra, que estaba ya más allá de Pinto y aún de Valdemoro— ¡Lo que es bueno no le está mal á nadie!..

— ¡Pues vamos á dárselas, hombre! Verá usted qué pronto se remedia ésto y aquí no pasó ná...

Entraron en la alcoba. El Jabato, valiéndose de las dos manos, entreabrió la boca de la anciana. Paco trató de llenar la cuchara, pero vertía todo el vino, llenando de desesperación al Jabato. Por fin tuvo que encargarse Pepilla de la botella, y le hicieron tragar á la enferma dos cucharadas. Y tornaron á las libaciones, reanudando la interrumpida plática.

Pues sí, señor. Ya no había vergüenza entre los cosecheros; ya no se vendía, por lo general, más que tinta... Otras veces era otra cosa. Y se acordaba el Jabato de los vinos de Don Tomás Santibáñez, aquel célebre abogado que igual ganaba pleitos que elaboraba mostos exquisitos... ¡Ah, si Don Paco hubiese probado el moscatel de Santibáñez!...

— ¡Está mejor, Don Paco, está mejor! — gritó la Pepilla asomando por entre las cor-

tinas. — Ha abierto los ojos y ha dicho muy bajito: «¡Antonieta! ¡Antonieta!»

— ¡Pues ya lo creo que estará mejor! — dijo el tío Jabato.



-- ¡Es claro! — contestó Paco Guerra.

— ¿Y no le parece á usted, Don Paco, que si dos hacen como dos, cuatro harán como cuatro?

— ¡Hombre, eso es más claro que el agua!

— Pues vamos á darle otro traguito y verá usted qué pronto sale bailando de esa cama...

Levantóse con dificultad el Jabato, y Gue-

rra dió dos ó tres traspies. Y ya puestos á darle la *medicina*, le endilgaron hasta ocho cucharadas grandes.

— ¡Ajajá! ¡Verás como ahora descansa!—

exclamó, muy serio, el Jabato, arropándola con gran cuidado.

Pepilla, la criada, se puso á fregar, á barrer, á limpiar los muebles. Luego miró la hora en el reloj del Jabato, un enorme reloj de plata colocado encima de la mesa: eran las doce. Subió á espumar el puchero y después, al entrar en la sala y ver á la vieja con el rostro congestionado y respirando fatigosamente, sintió gran sobresalto y trató de llamar, pero desistió de ello, comprendiendo que era inútil: el Jabato roncaba profundamente y D. Paco, manoteando sin cesar y mirándole con ojos de idiota, le pronunciaba un discurso, del que sólo se oía alguna palabra suelta, un rum rum continuado, una especie de abejoneo. Volvió, pues, junto al lecho, y sentándose en una silla, esperó temblando, sin atreverse á mirar á la enferma,

paseando por la habitación los grandes ojos muy abiertos. En la pared de enfrente, bajo un tul, sobre una vieja cruz de madera, un Cristo extendía sus brazos sangrientos, y la desmelenada cabeza caíale trágicamente sobre el pecho.

Pepilla se estremeció pensando en la terrible inmovilidad de la muerte, é involuntariamente volvió los ojos. La anciana con-

tinuaba inmóvil, con las alas de la nariz muy abiertas, y dentro del pecho sonábale un ruido bronco y extraño, como de algo que se desgarrara... Pepilla se tranquilizó algo; sin embargo, al poco rato, advirtió que la angustia, aunque lentamente, iba decrecien-

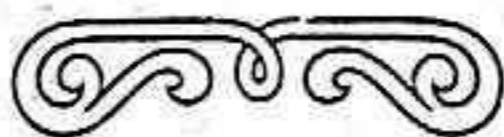
Acercóse á la puerta gritando: «¡D. Paco! ¡D. Paco!» Pero D. Paco dormía también, tendido en el suelo, á los pies de su compañero.

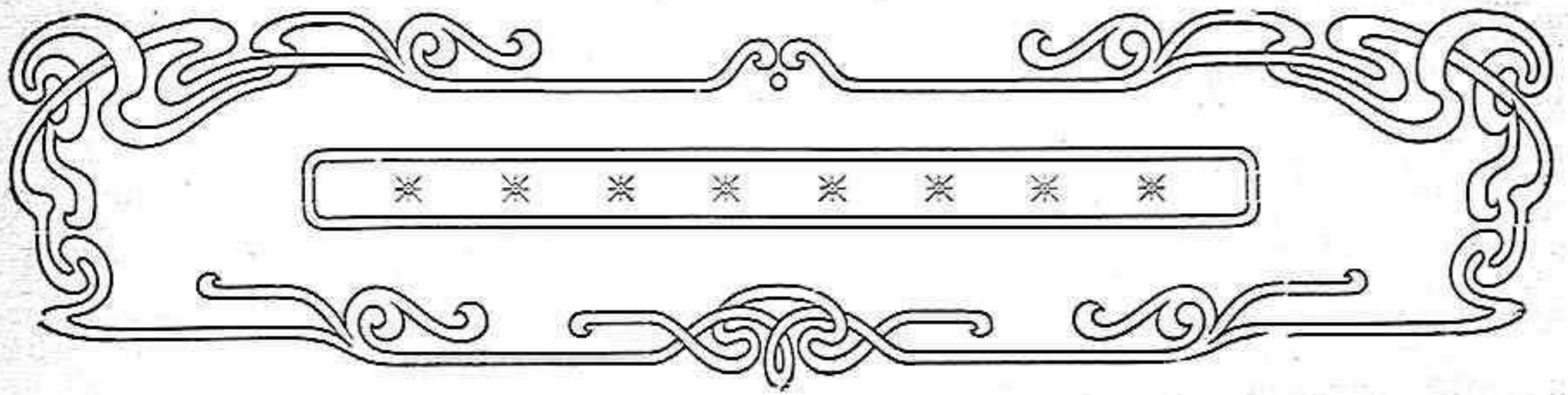
Y entonces Pepilla, la niña á quien su aciago destino inexorablemente le marcaba



do hasta el punto de percibirse con claridad los ronquidos del Jabato y el latido sonoro de su reloj. Pero pronto se levantó, asaltada por un súbito temor, y lanzó un grito al posar su mano sobre la frente de la Mariuca. La frente estaba fría; la cara estaba fría, las manos estaban crispadas y frías.

el camino de la prostitución, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y arrodillándose á los pies del Cristo, se puso á rezar algo que aprendiera y ya bien no sabía; algo que le oyó mascullar á su madre en los días tristes, en los días amargos, cuando no había pan y había golpes, y llanto, y dolor.





EL AGUA BENDITA

Estábamos sentados en un banco de piedra, entre la olmeda, no lejos del convento. Aún se oía un lejano detonar, que repercutía en las oquedades de la sierra. Pero la tormenta iba amainando visiblemente, la lluvia había cesado, y sólo de vez en cuando, al soplo de la brisa, algunas gotas se desprendían de las hojas temblorosas de los árboles. Entre las copas sonaba un loco piar de pájaros, y en la altura, sobre las nubes, brillaba el arco iris, como una sonrisa del cielo... El fraile me refería lentamente su historia.

—Yo me llamé en el mundo—dijo—don Fernando de la Cérda, y nací en hidalgo solar, de nobilísima familia, entre cuyos ascendientes figuraban los famosos Infantes... Enfrente de nuestra casa vivían los Carvajales, también nobles, también de preclara estirpe, como que descendían de los desdichados caballeros que el rey Emplazado

mandara arrojar desde la Peña de Martos...

Tenían los Carvajales una hija á quien doña Ana nombraban, y que pasaba por ser un dechado de hermosura, y al par la más honesta y recatada doncella de la ciudad. Y como tan recatada y honesta era, yo no tuve en mucho tiempo la dicha de conocerla, ni de vista siquiera, á pesar de procurarlo con ahinco, y de que nuestra vecindad pudiera haber sido parte para ello.

Vila por vez primera una mañana, al salir de la iglesia de las Maravillas, á donde no hay devota que deje de acudir, durante la Semana Santa, á la ceremonia de la adoración de la Cruz.

No he de decir que me enamorase de ella desde el punto en que la ví, que eso sólo pasa en las novelas, ó si usted quiere, sólo pasa en las malas novelas. Tampoco aseguraré que cuando la declaré mi amor estuvie-

ra realmente prendado de su gentil figura. Antes creo que fué su negativa lo que más encendió mi pasión... Porque doña Ana me hizo saber, muy cortésmente, que su corazón pertenecía á otro. Pronto supe que éste era el capitán don Luis Maldonado, á la sazón en la guerra. Enloquecí de celos, y me puse á pensar en la manera de impedir que hombre alguno poseyera á doña Ana, ya que mía no era.. Y al efecto, después de comprar á sus criados, un día, al amanecer, me descolgué del balcón hacia donde caían sus habitaciones, aparentando hacerlo sigilosamente... Un centenar de granujas y de mujerzuelas, que mi oro había de antemano allí congregado, prorrumpieron en gritos y silbidos, asordando la calle con su clamoreo... El escándalo fué grande. Doña Ana pasó por mi querida.

El padre, don Alonso Carvajal, era ya anciano y nadie fué á pedirme cuentas de mi villana acción hasta dos meses más tarde, en que recibí la visita del capitán Maldonado. Yo le esperaba dispuesto á aceptar el desafío. Pero con gran sorpresa mía, me dijo que algo sabía de ello, aunque no le daba importancia; que venía á demandarme noblemente explicaciones, suponiendo que todo serían cuentos de la vecindad. Se fiaba en mi palabra de caballero.

Ante proceder tan digno, yo no pude menos de descubrir toda la verdad... «Escúpidme al rostro — concluí. — No merezco otra cosa.

Pero don Luis contestó:

— Vuestra pasión os disculpa. Vuestro arrepentimiento os redime. Que Dios os perdone como yo os he perdonado.

Y aquí terminaría mi relato, si la Provi-

dencia no hubiese variado trágicamente el curso de los acontecimientos. A los pocos días un insolente se permitió ciertas reticencias sobre la virtud de la dama, y don Luis le abofeteó en público. Sobrevino el duelo y el capitán cayó muerto de un balazo en la cabeza. Pero no fué sólo eso. Un mes no transcurriera cuando corrió por la ciudad la noticia de la muerte de doña Ana Carvajal. Según unos se había envenenado; según otros, se atravesó con un puñal el corazón.

Tuve un capricho loco, de desesperado. Quise verla muerta, quise pedirle perdón, orando ante su cadáver...

Y aquella misma noche me encaminé al cementerio, donde había sido depositada en el panteón de su familia. Gracias á mis peluconas, el guarda me abrió la puerta, y echamos á andar por el lúgubre recinto. La yerba seca, crujiendo bajo nuestros pies, semejaba estallidos de huesos... En algunas tumbas brillaban luces que parecían ojos: ojos ansiosos, ojos terribles, ojos sin pupilas que ponían frío en el alma... El guarda se quedó á la puerta, vigilando, y yo penetré resueltamente en el panteón de los Carvajales. A la oscilante luz de una lámpara descubrí el cadáver, hundido en el ataúd, sobre un túmulo que se levantaba en medio de la fúnebre estancia. Si hermosa fué en vida doña Ana, la muerte, prestándole su severa belleza, la había idealizado. Vestía el hábito del Carmen; su cara de virgen salía dulcemente de las blancas tocas y sus manos se cruzaban sobre el pecho, como dos flores muertas y abrazadas. De pronto me estremecí de pies á cabeza. Doña Ana se movía, doña Ana abría los ojos, descruzaba las manos, se incorporaba, se ponía en pie, descen-

día del catafalco, en silencio, ingrávida, como una sombra...

Y oí una voz débil, una voz extraña y dolorida, una voz que parecía la voz del alma... Y doña Ana, extendiendo el brazo, señalando con el índice, me mandó que vaciase la pila del agua bendita.

Yo temblaba; yo no me atreví á mirarla. Obedecí ciegamente. Haciendo un cuenco con las manos, me dí trazas de verter el agua, que cayó en el suelo resbalando lentamente sobre las losas, filtrándose por las juntas, yendo á confundirse tal vez con las cenizas de los que se pudrieron allí debajo.

Y entonces, la misma voz doliente y débil, pero enérgica, me ordenó que tornase á llenar la pila con la propia agua...

Ante la imposibilidad de hacerlo, yo la miré aterrado. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Caí de rodillas pidiendo perdón.

Y volvió á sonar la voz extraña y dolorida, que parecía salir del alma:

Oid, don Fernando — dijo —. Agua ben-

dita es la honra en la mujer. Una vez derramada, no puede recogerse.

Y no ví más, no oí más, no recuerdo más. A la mañana siguiente, me encontraron allí mismo, sin sentido.

—Ya sé,— concluyó diciendo al ver que yo sonreía — ya sé lo que va usted á contestar. Que todo fué una ilusión; que mi estado, el remordimiento, los nervios... Pero en ese caso, hay que convenir, amigo mío, en que fuimos dos los ilusos, los visionarios. Porque el guarda amaneció muerto allí cerca... Y se le hizo la autopsia; y los médicos, que no le apreciaron lesión alguna, declararon que había muerto de miedo... Y es lo cierto que su cara estaba contraída por una mueca horrible, por un espantoso gesto de terror...

Calló el fraile, y sacando un pañuelo, comenzó á enjugarse la sudorosa frente. Yo levanté la vista. Una nube negra, una nube suelta, una última nube desprendida de la tempestad, pasó como un ave siniestra por cima de nuestras cabezas.

Pringidis Plasencia



Nuestros colaboradores.

Abarrátegui y Pontes, Fernando.
Acha Andrés, Julio.
Aguiar de La Morena, Antonio.
Amor, Angel M.
Arqueros Garrido, Antonio.
Bardaji López, Luis.
Barrantes, Pedro.
Blanco Lon, Indalecio.
Bravo y González, Marcelino.
Burgos de Orellana, Santiago.
Carmona, Eusebio.
Cascales Muñoz, José.
Cienfuegos, Francisco.
Cobos, Amantina.
Cornejo, Juan Antonio.
Cortés y Cortés, Victorino.
Cruz Rodríguez, Carlos.
Chaves Rodríguez, Juan.
Diez Canedo, Enrique.
Espinosa Herrer, Alberto. (El Capitán Araña)
Falcato, Luis.
Fernández y Martín-Mora, Juan.
Fons, Julia.
Franganillo, Manuel.
Fuentes, Lisardo.
Gálvez y M. de Villegas, Roberto.
García-Becerra y Pato, Pablo.
García Jimeno, Fernando.
García-Plata de Osma, Rafael.
González Castro, José (Crotontilo).
Govantes Ramos, Juan de Dios.
Govantes Ramos, Luis.
Grande Baudesson, Luis.
Hermida Villelga, Luis.
Hurtado, Publio.
Lacoste y Sicre, Luis.
Lancho y M. de la Fuente, Mario.
Lancho y M. de la Fuente Miguel.
Larios, Mariano.
Linares Becerra, Luis.

Lon de Blanco, Ana.
López y Ortiz de León, Angel.
Madroñero, Pedro. (César).
Mancebo, Daniel.
Marcelo, Luis (Locemar).
Miura Pérez, Elisa.
Montánchez, Enrique. (Ripiosín).
Monterrey, Manuel.
Morales Mogo'lón, José.
Morán y Márquez, Angeles.
Muñoz San Román, José.
Navarro, Francisco.
Nogales, José.
Oteyza, Luis de.
Pachón, Ramón B.
Pérez del Bosque, Rafael.
Pérez Cano, Vicente.
Pérez Serván, Julián.
Piasencia, Emigdio.
Puente Rubio, Francisco.
Ramírez y López-Uría, José.
Ramos Navarro, Fernando.
Real Magdaleno, Enrique.
Regidor Romero, Diego Benigno.
Rincón Fernández, José.
Rincón Jiménez, Jesús.
Rodríguez Martín, Sebastián.
Rodríguez Taribó, Adolfo.
R. Varo, Luis.
Roso de Luna, Mario.
R. Campini, Leandro.
Sánchez Cuesta, Manuel. (A. de Mirabal).
Sánchez-Matas, Benito. (Vosa-Idad).
Segura de la Garmilla, Ramón.
Solar y Maeztu, José del.
Teixeira y Perillán, Antonio.
Trigo, Felipe.
Trigo, Luisa.
Villa y Gutiérrez, Antonio de la.

En el próximo número, Carmin y bermellón, cuento de bastidores, por Julio Acha.

TARIFA DE ANUNCIOS

3. ^a plana, $\frac{1}{2}$ id. Ptas. 36,00	4. ^a plana, $\frac{1}{2}$ id. Ptas. 30,00
» $\frac{1}{4}$ » » 21,00	» $\frac{1}{4}$ » » 18,00
» $\frac{1}{8}$ » » 15,00	2. ^a plana, línea » 3,75
» $\frac{1}{16}$ » » 9,00	Estos precios son por me-
» $\frac{1}{32}$ » » 6,00	ses. Siendo por un semes-
4. ^a plana, entera » 90,00	tre, ó más, se bonifica el
» $\frac{1}{2}$ » 54,00	10 p. %.—Incluido el timbre

Café torrefacto marca LA ESTRELLA

MONTERA, 32, MADRID.—TELÉFONO 1.555

OBRAS DE SEBASTIÁN RODRÍGUEZ Y MARTÍN

Diccionario Homónimo Ortográfico. Precio: 5 pesetas.

Rectificación é innovaciones hechas por la Real Academia Española de la Lengua en la 12.^a edición de su Diccionario. Precio: 5 pesetas.

Historia Militar de España. Dos tomos. Precio: 10 pesetas.

Guía práctica del opositor á Escuelas. Precio: 2 pesetas.

Glorias Militares de España. Obra dedicada á S. M. el Rey D. Alfonso XIII y, por consiguiente, sancionado el espíritu militar y patriótico que la informan, por el Cuarto militar del Rey. Precio: 2 pesetas.

Mapa Universitario de España. Precio: 10 pesetas. Este artístico y alegórico Mapa está iluminado á catorce tintas y en sus márgenes se contemplan alegóricas figuras de todas las carreras facultativas y los frontispicios de las diez Universidades de España y los del Ministerio de Instrucción pública y del Museo Nacional de Escultura.

Por la publicación de las dos primeras obras lexicográficas, el autor fué objeto de la más alta distinción por parte de la Real Academia Española de la Lengua y ha sido recompensado por el Gobierno á propuesta de la propia Academia.

Los pedidos se harán á la Redacción de LOS CUENTOS EXTREMEÑOS, Calvo Asensio, 9, 2.^o—Madrid.

Ex oficial de Hacienda, siete años práctica, é idóneo en el ramo, aceptaría Secretaría Ayuntamiento en Extremadura.—Razón en la Administración de esta Revista.



Balgañón y Moreno

IMPRESORES—Pelayo, 36, Madrid.

SASTRERÍA

DE

MARINO CLAVO

Especialidad en Libreas.—Primeros premios en las Exposiciones Internacional é Industrias Madrileñas de 1907.

Infantas, 28 y 30, primero.

MADRID

PAPELERÍA, IMPRENTA, LITOGRAFÍA

Artículos para Oficina y Fábrica de Papel de Vasares y Confetti.

FRANCISCO LENCINA

Conde de Romanones, 3 y 5.—MADRID

DISPONIBLE

OBRAS EN PROSA

Eduardo Barriobero: Guerrero, novela, 2 pesetas.
Rafael López de Haro: Dominadoras, novela, 3 pesetas.
Angel López Ortiz de León: Arpegios, prosa y verso, 2 pesetas.
Augusto Martínez Olmedilla: La caída de la mujer, novelas cortas, 3 pesetas.
Isaac Muñoz: El libro de las victorias, 3 pesetas.
Fernando Ramos y Marcelino Bravo: Alma y carne, novela, 2 pesetas.
Pedro de Répide: La enamorada indiscreta, novela, 3 pesetas.
Salvador Rueda: La Cópula, novela, 3 pesetas.
Santiago Rusiñol: La Madre, Cigarras y hormigas, Teatro. 3,50 pesetas.
Felipe Sassone: Almas de fuego, novelas cortas, 3 pesetas.
José de Siles: La hija del fango, novela, 1 peseta.
Felipe Trigo: La Bruta, novela, 3,50 pesetas.
 » » El Barón de Lavos, novela de Abel Botelho, dos tomos, 6 pesetas.
Ramón del Valle-Inclán: El Marqués de Bradomin, novela, 3,50 pesetas.
Angeles Vicente: Teresilla, novela, 2 pesetas.
Ramón Villegas: Géminis, novelas cortas, 3 pesetas.
Eduardo Zamacois: Río abajo, 3 pesetas.

OBRAS EN VERSO

Manuel Abril: Canciones del corazón y de la vida, 2 pesetas.
José Santos Chocano: Fiat Lux, 4 pesetas.
Enrique Díez-Canedo: La Visita del Sol, 2 pesetas.
Fernando Fortín: La hora romántica, 2 pesetas.
Alfredo Gómez Jaime: Rimas del Trópico, 3 pesetas.
Luis C. López: De mi Villorrio, 2 pesetas.
Antonio Machado: Soledades, Galerías, Otros poemas, 3 pesetas.
Manuel Machado: Alma, Museo, Los cantares, 3 pesetas.
Gregorio Martínez Sierra: La Casa de la Primavera, 3,50 pesetas.
Gonzalo Molina: Rimas bohemias, 2 pesetas.
Tomás Morales: Poemas de la Gloria del Amor y del Mar, 2,50 pesetas.
J. Ramírez Uria: Las Leyendas de la Brisa, 2 pesetas.
José Pablo Rivas: Los cantos á la aurora, 3,50 pesetas.
Leonardo Sherif: Versos de Abril, 2 pesetas.
José de Siles: El Diario de un poeta, 1 peseta.
 » » Musa retozona, 1 peseta.
Varios autores: La Corte de los poetas, Florilegio de Rimas modernas, 4 pesetas.
Francisco Villaespesa: La tristeza de las cosas, 3 pts.
 El Patio de los Arrayanes, 3 pesetas.
Antonio de Zayas: Leyenda, 4 pesetas.

Librería de PUEYO.—Mesonero Romanos, 10.—Madrid

El Fénix Sociedad francesa de seguros de vida é incendios. RUE LAFAYETTE, 33. PARÍS

Ramo de vida. — (FUNDADO EN EL AÑO DE 1844)

Empresa privada sujeta á intervención del Estado.

Capital social.....	4.000.000
Fondos de garantía....	334.000.000
Capitales asegurados..	548.000.000
Riesgos pagados,....	381.473.770

Seguros de vida entera, mixtos y dtales. rentas vitalicias, etc.

Ramo de incendios. — (FUNDADO EN EL AÑO DE 1819)

Capital social.....	4.000.000
Fondos de garantía....	19.756.000
Primas por vencer....	7.718.000
Capitales asegurados..	16.314.697.000

Riesgos pagados..... 352.274.205

Seguros contra incendios de fábricas, fincas, etc.

Agente general para las provincias de Badajoz y Cáceres:
 RAMÓN RORRIGNAC, Badajoz.

LA CAMERANA

Fábrica de pastas para sopa, hielo artificial,
 jarabes y bebidas gaseosas.

La más importante de Extremadura por su exportación, cuyos productos, por su elaboración esmerada, son los más solicitados.

García de Vinuesa y Soriano

MÉRIDA